

# LA ABEJA MONTAÑESA.

Diario de intereses morales y materiales, literario, agrícola y mercantil.

SE PUBLICA TODOS LOS DIAS, ESCEPTO LOS FESTIVOS.

Año IV.

PUNTOS DE SUSCRICION.  
En Santander: en la Administracion, calle de Isabel II, núm. 3.—Fuera de la capital: en casa de los comisionados ó directamente á la Administracion.—En Ultramar: D. Benito Gonzalez Tanago, calle del Obispo, núm. 14, Habana.

Sábado 11 de Febrero de 1860.

PRECIOS DE SUSCRICION.  
En Santander: 8 reales al mes.  
Fuera de la capital: 9 reales id.  
En Ultramar: fijan los precios los correspondientes.  
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Núm. 445.

## SANTANDER 11 DE FEBRERO.

Entre las diversas teorías de la filosofía moderna, y entre los planes de perfectibilidad social de los avanzados partidos políticos, ha nacido una idea, una teoría que deslumbra á primera vista, que halaga al espíritu y cuyo planteamiento parece ser la sólida base del bienestar general; nos referimos al *derecho al trabajo* que se proclama por algunos, y que en nuestro sentir, lejos de ser un derecho filosófico y racional, y lejos de contribuir al adelanto y prosperidad de la sociedad, sería la causa de su atraso y el origen de males sin cuento.—Haremos algunas leves consideraciones sobre tan importante asunto, ya que los estrechos límites de un periódico no nos permiten tratarle con la estension que se merece.

Los sostenedores de esta idea dicen: nacidos los hombres para vivir reunidos y formando un pueblo, que rijan leyes protectoras fundadas en las prescripciones de la justicia que enseña la razon natural, y que se revelan al mundo por medio del cultivo incansante de la inteligencia, los diversos miembros que componen un pueblo, una nacion, están obligados á emplear su actividad, sus fuerzas así materiales como intelectuales en provecho de la sociedad en que viven: esta tiene el derecho de que todos contribuyan á su felicidad y bienestar, y tiene medios de premiar y castigar á sus miembros más útiles y á aquellos que son una verdadera carga para el resto de los asociados. Pero estos que al constituirse bajo una dominacion cualquiera, al vivir formando un Estado, cedieron al poder ejecutivo algunos de los derechos que gozaban como hombres aislados, porque de esta cesion habia de resultar el bien de todos, y la sancion de otros derechos muy difíciles de hacer valer en el estado de la naturaleza, tienen una accion marcadísima contra todos los demás, contra el cuerpo moral que forma su nacionalidad, para que les ayude, y les ampare en sus desgracias; por consiguiente, si éstos hombres no hallan medios de procurarse su preciso sustento, si sus otras apremiantes necesidades no se ven satisfechas, ¿hay nada más justo, más racional y equitativo que la obligacion en el Estado de procurarles el trabajo con que puedan atender á su subsistencia? ¿que el derecho en el

particular de reclamar á aquel cuerpo colectivo este trabajo?

Es presada así esta idea, vertida generalmente en bellas y poéticas frases, describiendo los males que se originan á un pueblo del estado de miseria de sus habitantes, llega á conmover el corazón, y sin pensarlo, se dice uno: así debe ser, ¿qué más puede quererse de un hombre que el que solicite de la sociedad, no el que le satisfaga sus necesidades inmediatamente, no que le dé de comer y le provea de abrigo contra las inclemencias y rigores del invierno, sino que le procure el medio de llenarlas, que le dé trabajo y ejercicio santo para satisfacerlas todas de un modo cumplido?

Pero veamos el lado contrario de esta, al parecer, teoría tan bella.—El hombre fué creado por Dios, como el engendro más hermoso de su amor; le dió un espíritu infinito, una chispa sagrada del fuego de la inteligencia, para que le conociera y adorase; y colocó en medio del mundo, como el ser privilegiado de la creacion, para quien habian sido hechas todas las maravillas que encierra el orbe, y cuantos encantos ofrece á la vista la pródiga naturaleza; y el hombre, no bien recibiera tan hermosos dones, creyóse superior á su mismo padre, y el primer paso que dió en el mundo fué un crimen; faltó á las justas prescripciones que se le impusieron, y cayó del trono en que se le habia alzado: la severidad del Criador tuvo que manifestarse entonces, y en su bondad infinita, en vez de un castigo eterno y terrible como lo reclamaba la gravedad de la falta, impuso á la criatura la pena del trabajo para procurarse el sustento y para regenerarse á sus propios ojos, dándole este santo medio de volver á escalar las mismas puertas del paraíso, que su desobediencia le habia cerrado.

Para los que adoramos al Dios verdadero y vivimos en su creencia, tal es la historia del trabajo á que todos estamos sometidos; y nosotros que escribimos para ellos, no acudiremos hoy á más pruebas, ni á deshacer los errores que en esta materia se asientan por escuelas orgullosas y perversas, que pretenden en su vanidad hacer que el mundo tuviera otro origen distinto del que nos enseña nuestra santa religion cristiana; para los cristianos el trabajo es la pena impuesta desde su trono por el Dios ofendido á la criatura

que alimentó en su seno el pecado; es una obligacion que tiene que cumplir en la tierra todo mortal; es una obligacion imprescindible, y no puede ser, por consiguiente, ese derecho que tanto se blasona, que tan alto se aclama por los que, acaso en su desmedido amor á sus semejantes, ya que no queramos ver en su doctrina otros menos generosos móviles, no ven en el pobre más que derechos y siempre derechos, irrealizables en su mayor parte, y que de realizarse contribuirían en mucho á desatar los fuertes lazos que deben unir al cuerpo general de la sociedad con los distintos miembros que la constituyen, cuya vida es la vida de aquella.

Dado el derecho al trabajo, la filantropía, la beneficencia, la caridad, esas sublimes hijas de las más puras máximas religiosas, vendrían á ser una cosa tan material, de tan rastrera condicion, que llegaría á verse en los tribunales, no se nos niegue esto, una demanda de socorros y de limosna, como se entabla hoy para la vindicacion de cualquier otro derecho originado de un contrato.

La industria, esa inagotable fuente de bienes y riquezas, esa gran base sobre la que descansan seguros los pueblos adelantados, recibiría un golpe de muerte con el planteamiento de la teoría que nos ocupa: las sociedades, aun las más avanzadas en el camino de la civilizacion, no cuentan con los recursos suficientes, ni con las obras necesarias, para dar trabajo á todos sus asociados, y un ejemplo de ello nos ofrece el imponente pauperismo que se levanta cada día más amenazador en Inglaterra. Si, pues, no es posible ni hacedero el dar trabajo á todos, ¿cómo se enmienda la situacion desgraciada de los proletarios? no hay más recurso que el empleado en el día allí donde la miseria crece: después que los gobiernos hacen el último esfuerzo para abrir obras públicas donde se ocupen los brazos sobrantes, después del mayor ensanche dado á las casas y asilos de Beneficencia, la caridad privada entra en el lleno de sus funciones, tan grandes y de tan preciosos resultados, que afortunadamente solo en épocas escepcionales, en épocas de verdadero azote, se ha visto el triste espectáculo de acabar el hambre y la miseria con la vida del hombre.

Y supongamos que todos tuvieran ese derecho que quiere otorgárseles al trabajo; de

mos que sea factible el que la sociedad pudiera ocupar á todos; ¿se verían entonces esos adelantos que hoy nos admiran? ¿se vería esa constancia, esa aplicacion, que le es indispensable al hombre del siglo XIX, si ha de ser rico y feliz, y llegar á constituirse en cabeza de una honrada familia? ¿quién detiene á la vagancia y al vicio, si el día que les falte el sustento, si el día en que prueben las funestas consecuencias de su extravío, han de poder levantarse contra sus hermanos, que pasan las horas en las rudas y fatigosas labores de los talleres?

Se nos dirá que la sociedad puede perseguir el vicio y castigar la vagancia; esto es muy bueno para dicho, pero muy difícil de realizarse, y así lo demuestran todas las naciones del mundo.

El pobre será, y es en efecto, socorrido por el gobierno, ayudado de sus semejantes; su suerte será tenida en consideracion, y la sociedad no olvidará sus deberes respecto á esta clase; pero estos deberes que la sociedad tiene que llenar, y que está en su interés llenarlos cumplidamente, no constituyen un derecho en el necesitado, porque no siempre, y este es uno de esos casos, son correlativos el derecho y la obligacion.

Otras muchas consideraciones de un orden muy elevado anatematizan la doctrina que combatimos, de las que nos haremos cargo en uno de nuestros próximos números, al ocuparnos de los medios de mejorar la situacion de la clase pobre y de los jornaleros que se encuentran sin trabajo.

Los frecuentes abusos que se han venido ejerciendo por los carteros encargados de la distribucion á domicilio de la correspondencia pública, con especialidad desde que se estableció el correo diario en la mayor parte de las provincias, y los muchas quejas que con tal motivo se han elevado á la direccion del ramo y á los gobernadores, han puesto en el caso al ministro de la Gobernacion de dictar una real orden, en que se previene: «que en lo sucesivo no se exija más que un cuarto por cada carta, pliego, periódico ó impreso que se lleve á domicilio por los carteros ó peatones nombrados, ya sea por el Estado ó las municipalidades, aunque no tengan señalada otra retribucion por el servicio que prestan,» y se encarga á los gobernadores de provincia hagan observar con la mayor escrupulosidad esta última disposicion, exigiendo la más estrecha responsabilidad á los infractores.

bu de los Zenetes, á quien Al-hakem, hijo y sucesor de Abder-rahmán, habia encomendado la custodia de sus Estados africanos, se apoderó sin mucha dificultad de Fez, así como de las demás plazas que obedecian á los Beni Umeyya, esceptuando tan solo á Ceuta y á Tánger.

Después de los Edrisitas reinó en toda Africa occidental una dinastía llamada de los Zeyritas, del nombre de su fundador Zeyri ben Alia, el cual era xequo ó señor de la tribu de Magrawa, una de las ramas de la gran familia de los Zenetas. Habiendo marchado á Fez en el año 369 (979 de Cristo), logró apoderarse de aquella capital y ceder á los Fatimitas de todo el Mogreb. Murió Zeyri en el año 391 (1001 de Cristo), sucediéndole su hijo Al-moezz hasta el año 420 (1029 de Cristo.) Tanto Al-moezz como su padre Zeyri reconocieron la soberanía de los Umeyyas de Córdoba. Himáma, hijo de Almoezz, se mantuvo en los Estados de su padre hasta el año 424 (1032-3) en que lo destruyó. Temim Al-yeferuni, señor de la tribu de Yeferun, otra rama de los Zenetas. Cinco años después (otros dicen siete), Himáma que se habia retirado á Wajda, ciudad puesta en los confines del desierto, volvió al frente de numerosas tropas de la tribu de Magrawa, y se apoderó de Fez. Murió Temim en el año 340 (651 de Cristo), sucediéndole su hijo Dunas, á cuya muerte en el año 459 (1064 de Cristo) entraron á reinar sus dos hijos Al-fotuh y Ajisa, partiendo entre sí los dominios de su padre, y fijando ambos su corte en Fez. Al-fotuh se estableció en el barrio de los Andaluces, mientras que su hermano Ajisa ocupó el de los habitantes de Cairovan; pero á los pocos meses se sucedió entre ellos un

aquellos títulos, dió este lugar á agrias reconveniciones de una parte y de otra, y á diversas embajadas que no tuvieron otro resultado que el de encender más y más el odio mútuo que se profesaban, concluyendo los dos califas occidentales por anatematizarse y maldecirse el uno al otro desde el púlpito de sus mezquitas.

En estos momentos, viéndose Abú-l-ayx el Edrisita cercado por todas partes de enemigos, envió una solemne embajada á Abder-rahmán, ofreciéndole reconocerle por su señor y prestarle obediencia con tal que le ayudase á reconquistar el reino de sus abuelos. No deseaba Abder-rahmán otra cosa; pero queriendo al propio tiempo asegurarse en lo posible contra la veleidad é inconstancia de las tribus africanas, se negó á conceder el socorro que le pedía Abú-l-ayx mientras aquel no le entregase á Ceuta y Tánger. Abú-l-ayx que conocia bien la importancia de aquellas dos plazas, desechó proposiciones tan onerosas, resultando de aquí que Abder-rahmán se enojó sobremanera y envió órdenes á Saïd ben Sahil, que era su gobernador en Nekor y sus comarcas, para que hiciese la guerra á los Edrisitas.

Abú-l-ayx, por último, se vió precisado á entregar aquellas fortalezas, y se retiró á Basra donde puso su corte. Dueño ya de la costa, Abder-rahmán dispuso que Gíafar ben Otsman, gobernador de Mallorca y Al-okaili almirante de su flota en el Mediterráneo, pasasen á Africa con crecida hueste de á pie y de á caballo, y que de acuerdo con los caudillos Zenetes leales á los Edrisitas marchasen á Fez y ochasen de allí á los Fatimitas. Gíafar y Al-okaili con el mandato de sus soberanos buscaron á los Fatimitas, los derrotaron en

varios encuentros, tomaron á Fez por asalto y se hicieron dueños en pocos meses de todo el Mogreb ó Africa Occidental. Abú-l-ayx en tanto nada ganó con este cambio, pues los generales de Abder-rahmán ocuparon el país en nombre de su señor, escusándose con que los Edrisitas habian ya perdido el prestigio y no tenían las fuerzas suficientes para oponerse á las irrupciones de los Fatimitas. En tal conflicto el infeliz Abú-l-ayx no tuvo más remedio que implorar la clemencia de Abder-rahmán. En el año, pues, de 347 (958 de Cristo) envióle á pedir licencia para pasar á España y tomar parte en una expedicion que se enviaba á tierra de cristianos. Abder-rahmán se la concedió, y como desease en cierto modo borrar la mancha de ingratitud que sobre él pesaba, dispuso que el príncipe Edrisita fuese tratado con la mayor magnificencia, y que se le preparasen posadas desde Algeciras, donde desembarcó, hasta la capital. Al llegar á Córdoba salió á recibirle el príncipe heredero Al-hakem con muy lucida caballería, y fué hospedado en el palacio real. Al cabo de algunos días partió Abú-l-ayx para la frontera, en donde fué muerto por los cristianos.

Un hermano de Abú-l-ayx, llamado Al-hasan ben Kanniú, á quien dejara aquel por gobernador de su pequeño Estado durante su ausencia, continuó reinando bajo la proteccion de los califas de Córdoba hasta el año de 363 (973-4 de Cristo) en que Jauhar, general de Al-Kájem biamri-had, hizo una entrada en Mogreb y despojó á los Edrisitas de todas las plazas que todavía reconocian su señorío. Al propio tiempo como hubiese derrotado en campal batalla y muerto á Yali ben Mohammad Al-yeferun, señor de la tri-

Desde el establecimiento de la dinastía de Umeyyas, los sultanes de Córdoba se han contentado con el título de Amiro-l-moslemin, es decir, príncipe de los musulimes ó señor temporal de España, sin disputar á los califas de Bagdad los títulos de Imam y Amiro-l-mumenin ó príncipe de los creyentes, que se daban como sucesores del profeta y vicarios de él en la tierra, que tal es el significativo de la palabra Jalifa. Así es que, aunque para nada se reconocía en España la autoridad del califa de Bagdad, no se dejaba por eso de proclamarle en las mezquitas y de hacer la *felba* por él todos los viernes.

Pero hacia el año 325 de la Egira (636-7 de Cristo), como viese Abder-rahmán que los Abbasidas de Bagdad habian poco á poco dejado que los turcos, tártaros y otras naciones bárbaras, se repartiesen su imperio y les usurpasen en gran parte la autoridad que les competía en materias de religion, no dudó á sollicitacion de sus súbditos, en declararse jefe de la comunidad musulmíca, y tomar con la debida solemnidad los títulos de califa y Amiro-l-mumenin. Pero como Al-mahdí, que se decía heredero de Alí, tuviese iguales pretensiones y hubiese igualmente tomado





